

tamento prometia Dios á los que obedecian á los Sacerdotes, que abriria el Cielo para ellos, y que haria caer dulces rocios; que haria fértiles sus viñas, y abundantes sus cosechas; que tendria cuidado de disipar las tempestades, y de apartar los granizos, que amenazaban á sus campos: promesas que convenian á aquel pueblo grosero, y carnal. Pero la Ley nueva nos enseña, que las bendiciones espirituales lloverán sobre las almas caritativas, que su limosna, como una semilla dichosa, que cae en una tierra fértil, dará ciento por uno, aun en este mundo; que de todos los Sacrificios, que estos Sacerdotes ofrecieren, habrá como una porcion reservada para su bienhechor; que les volverán por sus oraciones lo que no habrán recibido por sus limosnas; y que les procurarán la expiacion de sus pecados, el aumento de su fé, la recompensa de su caridad, y el gozo de la gloria, que yo os deseo. En el nombre del Padre, &c.

EXOR-

EXORTACION SEGUNDA  
 PARA LA BOLSA CLERICAL  
 DE SAN NICOLAS  
 DE CHARDONNET EN PARIS.

*Honora Deum ex tota anima tua, & honorifica Sacerdotes... da illis partem, sicut mandatum est tibi, primitiarum.*

Honrad al Señor con toda vuestra alma, honrad á los Sacerdotes, y dadles la parte de las primicias, como la Ley os lo manda. *En el Ecclesiastico cap. 7. v. 32. 33. & 34.*



O sin razon la Santa Escritura, que es la fuente de la verdad, y la regla de nuestras obligaciones, nos representa casi siempre el honor, que debemos á los Sacerdotes, junto con el que debemos á Dios: porque hay una union necesaria entre Dios, y sus Ministros; y el interés del uno es inseparable del de los otros. Si considero lo que Dios hace por ellos, veo que son hombres, que Dios elige por su misericordia, que santifica por su gracia, que consa-



gra por sus uniones, que conduce por su providencia, que ilustra por su verdad, y que corona por su gloria. Si miro á su ministerio respecto de Dios, son hombres, que ha elegido para servir en el acrecentamiento de su Reyno, en el cumplimiento de sus Mysterios, en la dispensación de su Evangelio, y en la conducta espiritual de su familia. Si considero el cuidado, que tiene de su honor, veo, que unas veces manda humillarse en su presencia, porque llevan consigo el carácter de su Real Sacerdocio: Otras veces manda obedecerles, porque son los Ministros de sus voluntades, y de su palabra: Tan presto exorta á asistilos en sus necesidades, porque los oficios, que le hacen, forman una parte de su Religión; tan presto manda alimentarlos, porque quiere, que se consagren enteramente á él, y que estén libres de todos los embarazos de los negocios del siglo. De donde infiero, que nada hay tan conforme á las intenciones de Dios, como la misericordia, que se tiene para con sus Sacerdotes; y que nada le desagrada tanto, como la resiliencia, que se hace á socorrerlos en sus necesidades, porque es faltar al honor, que se le debe, el no tener cuidado de sus Ministros.

Es necesario, pues, conocer la dignidad del Sacerdocio Christiano; y notar, que hay tres qualidades, que componen toda la grandeza de Jesu-Christo: la de Redentor de los hombres, que ha adquirido á costa de su sangre; la de Juez de los hombres, que ha recibido de su Padre, quando fue constituido Juez de vivos, y de muertos; y la de Pontífice, y de intercesor, que exerce en el Cielo, exponiendo nuestras necesidades, y pidiendo misericordia por nosotros. Y así, segun estos diferentes estados, tiene derecho de reparar los pecados, de juzgar á los pecadores, y de interceder por ellos. Pero así como el Padre ha dado todo poder á Jesu-Christo, Jesu-Christo ha dado todo poder al Sacerdote, estableciendole sobre el resto de los hombres, y dandole un poder de sacrificio, un poder de juicio, y un

poder de intercesion. Por el primero, el Sacerdote consagra el Cuerpo, y la Sangre de Jesu-Christo, y le ofrece bajo de Symbolos mysticos, despues de haverle consagrado; y continúa en exercer sobre la tierra el Sacerdocio de Jesu-Christo, que no pueden exercer él por sí mismo en este estado de abatimiento, y de muerte, en que está presente sobre nuestros Altares. ¿Y qué cosa mas noble? Por el segundo es nombrado Juez de pecadores; él abre, él cierra, ata, y desata, retiene, y perdona; y como si estuviese libre de todas las flaquezas de nuestra naturaleza mortal, y esento de todas las pasiones humanas, el Cielo, retiene lo que él ha retenido, y perdona, lo que él ha perdonado. ¿Qué cosa mas poderosa? En fin, él intercede por el Pueblo, y poniendose entre Dios, y los hombres, como un mediador caritativo, y acreditado, lleva á Dios los votos, las ofertas, y las oraciones de los hombres; y atrae á los hombres las gracias, y los beneficios de Dios; y por estos oficios mutuos reconcilia al Cielo con la tierra. ¿Qué cosa mas honorífica?

Pero lo que hace á su condicion mas elevada, la hace tambien mas peligrosa; yo mismo veo en su propia grandeza las obligaciones, que les ha impuesto, y los peligros á que ella los expone. Porque si son los Sacerdotes de Dios vivo, deben ser tambien á un mismo tiempo sus víctimas; si ofrecen á Jesu-Christo, como sacrificio de su mano, deben ofrecerse ellos mismos como sacrificio de su corazón; si son Sacerdotes por esta ordenación exterior, que los consagra al ministerio de los Altares, deben ser víctimas por aquella uncion interior, que los llama á la destruccion de sus pasiones. Si son establecidos Jueces en el Tribunal de la Penitencia, no es necesario, que estén llenos de las luces de la ciencia, y de la doctrina de la verdad, y que hallen en sí aquel temperamento de fortaleza, y de dulzura, que es tan raro, y tan difícil; á fin de que no irriten á los pecadores con una severidad excesiva, ó que no los corrompan por una



una indulgencia inconsiderada; y que puedan decir de ellos lo que San Bernardo dixo del mismo Dios, que su fortaleza está templada por su dulzura, y su dulzura está sostenida por su fortaleza? Si son, en fin, los interesados, y los reconciliadores entre Dios, y los hombres; cómo cumplirán con su obligacion, si no están en la caridad de Dios, y si no tienen caridad para con los hombres? ¡Infelices de aquellos Ministros infelices, que no estando reconciliados con Dios pretenden reconciliar à los pecadores con él! ¡Desgraciados de aquellos hijos de ira, que debiendo ser los ministros animados de las gracias de Dios vivo, no son sino instrumentos muertos, por los quales el Espíritu de Dios produce sus gracias para la santificación de los otros, y para su propia condenacion!

¡Quantos Sacerdotes se ven en las Aldeas, y aun muchas veces en las ciudades, indignos del Sacerdocio á que se han arrojado precipitadamente, y sin probarse; iguorantes de lo que deben practicar, y de lo que deben enseñar á los demás; que miran su vocacion, no como un Ministerio de trabajo, sino como un pretexto de ociosidad; no como un empleo, que debe santificarlos, sino como un oficio que debe mantenerlos; que hacen un trafico de la piedad, y una monstruosa composicion de una alma baja, è interesada, con una Dignidad del todo sublime, del todo espiritual, y del todo santa. De aqui proviene, que en medio de la Religion viven como profanos; que se llegan, no solamente sin temor, y sin temblor, sino tambien con una confianza criminal á los tremendos Mysterios; y que no sacan de la frequentacion de las cosas santas, sino el menosprecio, que nace de la familiaridad, y de la costumbre, que tienen de violarlas. De aqui nace, que tomando los vicios de los Pueblos, que gobiernan, en lugar de comunicales sus virtudes, deshonrados por sus desordenes, y por su ignorancia, hacen pasar del menosprecio de sus personas al de su dignidad; y perdiendo ellos pri-

mero el respeto, que deben á la santidad; de su carácter, se hacen los primeros reos de los menosprecios, y de las injurias, que sufren de otros.

Perdonad, si yo descubro aqui una de las principales llagas de la Iglesia por excitaros á contribuir á los remedios necesarios para curarla. Vosotros pedéis contener una parte de estos desordenes por los socorros, que dieris á los Sacerdotes, que se instruyen, y se prueban en este Seminario; donde se les dá la regla de la disciplina, la regularidad de las ceremonias, y la excelencia de su Sacerdocio; donde se enseña el orden de la instruccion, y de la santificación de los fieles, y aquella tierna, pero respetuosa piedad con que deben tratar á Jesu-Christo en la Eucharistia, y que debe ser el fin de su ministerio. Y ved aqui, quales son los motivos de la caridad, y de la limosna, que se os pide.

Todo lo que sirve á Jesu-Christo en la Eucharistia, todo lo que le toca, ó que se le acerca, ha llegado á ser venerable á la piedad de los fieles. Contribuyese con gusto á la pompa exterior, que la Iglesia hace á Jesu-Christo en este Sacramento. Consagrarse los Templos, en que reside; adornarse los Altares, en que descansa; dorarse los Tabernáculos, en que se oculta; enriquecense con perlas, y diamantes las Custodias, en que se ostentan; revistense de ornamentos preciosos los menores Ministros, que le sirven; el oro, y azul brillan en los techos; la aguja, y el pincel trabajan à porfia en cubrir ricamente las paredes, que le contienen; el incienso, y los perfumes mas exquisitos exhala al rededor de él sus agradables humos; las velas, y las hachas se apresuran digamoslo así, por quemarse, y consumirse en gloria suya; las flores parece, que nacen por quantas partes pasa; en fin, el arte, y la naturaleza, la magnificencia, y la piedad se unen como de acuerdo, para formar á Jesu-Christo una especie de Cielo sobre la tierra; y para hacer ver á los mortales la grandeza, y la magestad de este Dios sacrifi-



cado; por el aparato, y por la pompa con que se acompaña su Sacrificio. Yo alabo la liberal piedad de nuestros padres, y la de los Christianos, que aun el día de oy la imitan. Justo es, que por estas magnificas exterioridades se muestre el respeto, el zelo, y la fè, que se tiene por este Divino Mysterio; que sea enriquecida la Casa de Dios de los despojos, que se le arrancan á la vanidad del Mundo; y que se vayan á sembrar una porcion de riquezas temporales en aquellos mismos lugares, en que se recogen los bienes espirituales, y el tesoro de las gracias celestiales.

¿Pero hay cosa mas intimamente unida á Jesu-Christo, que los Sacerdotes? Ellos le producen, ellos le tocan, ellos le guardan, ellos le distribuyen, y ellos se alimentan de él. Tiene á Jesu-Christo por la gracia que les ha hecho de asociarlos á su Sacerdocio, por la autoridad, que les ha dado de renovar su Sacrificio, por la dispensacion de su Cuerpo, y de su Sangre, que les ha cometido. Y así, la santidad de un Sacerdote le es mas considerable, que la magnificencia de su Casa, y los ornamentos de sus Mysterios. La grandeza, y la dignidad de su Sacrificio no puede ser mejor honrada, que por la pureza, y por la inocencia del Sacrificador. Los Vasos sagrados, que contienen á Jesu-Christo bien podrian ser menos preciosos, sin que por esto fuesen menos venerables. Pero el Sacerdote, que le sacrifica, jamás podría ser ni demasiado Santo, ni demasiado puro: A esto debe conspirar toda la Religion de los fieles; los unos por sus instrucciones, los otros por sus exemplos; aquellos por sus consejos, estos por sus votos, y por sus oraciones; y todos, quando hay necesidad de ello, por sus socorros, y por sus limosnas. ¿Y qué medio mas seguro para santificar las riquezas, ni qué uso mas noble se puede hacer de ellas? Dichoso aquel, que pudiese, aun á expensas de su misma fortuna, formar un Sacerdote tal como Dios le pide, y procurar á Jesu-Christo adoraciones dignas del ministerio, que exerce!

La

La Iglesia, que sabe el orden de la caridad, y conoce la consecuencia de sus necesidades, ha dado muchas veces lo mas precioso, que tenía para el alivio de los pobres; y qué no haria por la santificacion de los Sacerdotes? Los Padres de la Iglesia vendieron en otro tiempo los Vasos sagrados, para asilir á los miserables en sus urgentes necesidades. Creyeron aquellos hombres inspirados de Dios, que el adorno de los Templos inanimados, y las señales visibles de la piedad ácia los Mysterios, debian ceder á la caridad para con los Templos animados del Espiritu Santo, y los miembros vivos del Hijo de Dios, por quienes estos Mysterios han sido obrados; que el culto visible, y el honor exterior de los Sacramentos no estaba en el mismo grado de obligacion, que el alivio del hombre, para quien han sido instituidos los Sacramentos, que el exercicio necesario de la misericordia, y de la caridad era mas agradable á Dios, que la magnificencia, aunque santa, en la celebracion de su Sacrificio; y que en vano estaria rico Jesu-Christo en sus Iglesias, que no son sino las figuras de su Palacio celestial, si moria de hambre, y padecia una vergonzosa desnudez en la persona de los pobres, que son sus imagenes, y otros mismos como él, segun su palabra.

Si ellos han tenido tanto zelo por unos hombres, que no eran de uso alguno en la Iglesia, y que al contrario parecian serla gravosos, ¿qué huvieran hecho por los Sacerdotes de Jesu-Christo de quienes depende la gloria de su nombre, el honor de su Religion, y la salvacion de tantos Fieles? Pero no hay necesidad de estos excesos de caridad. Yo tampoco vengo á exigir de vosotros, que consagreis al culto del Señor, todo lo que sirve á vuestra grandeza, y vuestra gloria, ni que á exemplo de las hijas de Israel amontoneis al pie de los Sacerdotes vuestro oro, y vuestras pedrerías, para hacer servir los despojos del Egypto á la construcion, y al adorno del Tabernaculo. Exasperaria vuestra caridad, y creeriais

Tom. 3.

li

ha-



haver comprado demasiado cara la buena obra, que haviais hecho. Buscad en vuestros bienes superfluos con que proveer á la subsistencia de un Sacerdote, y procurad expiar las faltas, que haveis hecho contra el respeto, que debeis al Divino Sacramento, contribuyendo á formar hombres, que le administren con pureza, con discernimiento, y con zelo.

Uno de los principales efectos de la limosna Christiana es redimir los pecados, purgar los pecados, y librar de los pecados. Ya sea porque la piedad, y compasion, que tenemos de la miseria de los otros nos inclina, y nos acostumbran naturalmente á tener compasion de nuestra alma; y la caridad, que nosotros les hacemos, nos sirve de obtener de Dios, que nos haga misericordia (este es el pensamiento de San Gregorio) O sea porque la limosna, que los ricos esconden en el seno del pobre pide por ellos, segun la expresion de la Escritura, á fin de que Dios ablande la dureza de su corazon; ò sea, en fin, porque habiendo llegado á ser los bienes por nuestra codicia como una parte de nuestra sustancia, recompensa Dios en algun modo el esfuerzo, que nos conviene hacer dandolas por él, con la facilidad, que nos dá de desasirnos de nuestras pasiones. Pero aunque la limosna lo purifica, y borra todo, y la caridad cubre sin distincion la multitud de pecados, hay, no obstante, ciertas especies de caridad, que corresponden mas directamente á ciertas faltas. Exápiad vuestras vanidades socorriendo aquellos infelices á quienes humillan la pobreza, y la verguenza. Satisfaced vuestras desatenciones, asistiendo á les que no tienen con que satisfacer á las simples necesidades de la naturaleza. Reparad el poco respeto, que haveis tenido con Jesu-Christo en la Eucharistia, sustentandole fieles Ministros, que le hagan adorar, y que le adoren.

Ninguna cosa hay, que tenga tanta necesidad de ser reparada, sea por los justos, sea por los pecadores,

como aquellas irreverencias, y aquellas profanaciones, que se cometen todos los dias en las Iglesias, adonde se entra sin reflexion, y donde se está sin modestia. ¡Quántos Christianos se ven, si así me atrevo á llamarlos, que van á Misa, menos por devocion, y por obligacion, que por costumbre, y por bien parecer; que miran friamente, y sin respeto la mas augusta ceremonia de la Religion; que tienen menos atencion al Misterio mas tremendo de Jesu-Christo, que tienen á las representaciones del Teatro; y que dejan errar sus pensamientos, y sus deseos á las ariaturas, en lugar de reunirlos en Jesu-Christo, que se sacrifica sobre los Altares! ¡Quántos se ven llevar su orgullo hasta los pies del Cordero, que se anonada en la Eucharistia; deshonorar á Jesu-Christo al tiempo mismo, que hace él el mas grande honor á su Padre; atraer sobre sí la ira de Dios por su impiedad, al mismo tiempo, que el Salvador trabaja en apaciguarla por su Sacrificio; y hacerse una especie de veneno del remedio mas saludable, y mas eficaz del Christianismo! ¡Quántas mugeres mundanas se ven... pero para qué he de representar aquí á unas almas piadosas, unos desordenes de que ellas no son capaces!

Verdad es; pero consultad vuestra conciencia. ¿Haveis cumplido vosotros todas vuestras obligaciones respecto de Jesu-Christo en la Eucharistia? ¿Quántas veces aun en medio mismo de vuestras oraciones, hurtandose de repente vuestro corazon como de sí mismo, se ha perdido en vanas, y frivolas imaginaciones, en lugar de unirse á aquel solo objeto de vuestra adoracion? ¿Quántas veces se han levantado del fondo de vuestra alma ciertas nubes de afectos, y de distracciones humanas, que poniendose entre Jesu-Christo, y vosotros os lo han hecho perder de vista por presente, que estuviere? ¿Quántas veces una indecente curiosidad, ó una importuna memoria os han arrojado en disipaciones, que los cuida-



dos, y las inquietudes de esta vida hacen casi inevitables, y que vuestra relajacion las hace muy de ordinario voluntarias? ¿Quantas veces en lugar de representar á Dios vuestras necesidades con una humilde, y santa confianza, os habeis sustentado de vuestros deseos seculares, y de vuestros negocios domésticos? En fin, ¿quantas veces os habeis presentado al Altar para recibir ese pan de vida, sin tener aquel santo ardor, ni aquella caridad viva, que Dios pide de aquellos á quienes se dá por un efecto de su caridad, y de su misericordia infinita?

Digo, pues, que el medio mas conveniente para expiar estas irreverencias, es contribuir á la subsistencia, y á la perfeccion de aquellos, que Dios ha elevado al ministerio de sus Altares; y que ha destinado para ser como los Padres de los Pueblos, los depositarios de su verdad, y los dispensadores de sus Sacramentos, y de su palabra. Por aqui comprais á Dios (si es licito decirlo asi) los omenajes, que ellos le darán, y que le harán dar; la instruccion, que recibieren, y la que darán á los Fieles; la aplicacion con que adorarán á Jesu-Christo, y le harán adorar á las almas, que huvieren hecho verdaderamente Christianas. Por este medio entráis en alguna manera en todas las funciones, que exercieren; y recogéis felizmente una parte de los frutos de su ministerio. Considerad, pues, el tesoro de gracia, que amontonais. Ese Sacerdote, que alimentais, os dá el medio de santificaros, despues de haverse santificado él mismo en su vocacion, y viene á ser como el fiador de vuestra eterna salud. Todas las veces, que se ofreciere á Jesu-Christo estareis como unidos con él, y tendreis derecho sobre una porcion de su Sacrificio. Todas las veces, que ofreciere el Cuerpo, y la Sangre de Jesu-Christo á su Padre, la ofrenda, que en parte hará por vosotros, será acompañada de la que vosotros le huvieris hecho. Todas las veces, que levantando las manos

al

al Cielo intercediere por el Pueblo, atraerá sobre vosotros la bendicion, y la misericordia de Dios, como el prece, y la recompensa de vuestra limosna. Todas las veces, que animado del Espiritu de Dios ha de convertir los pecadores á la penitencia, tendreis parte en la eficacia, que habrá dado á la palabra del uno, y en la gracia, que habrá dado á los otros.

Pero aun quando vosotros no tuvierais todos estos intereses, ¿la Gloria de Jesu-Christo, y de su Iglesia no os mueve? El adelantamiento de la Religion depende de la capacidad, y de la piedad de los Pastores; y vosotros podéis el día de oy procurarles por vuestras limosnas lo uno, y lo otro, el honor de los Altares, la salvacion de muchas Parroquias, la Sangre de Jesu-Christo (si así me atrevo á decirlo) está entre vuestras manos; y quando yo os exorto á contribuir á la subsistencia de estos Obreros Evangelicos, os propongo, no una caridad de politica, y de atencion, sino una caridad de obligacion, respecto de aquellos, á quienes Dios ha dado el cuidado de anunciar su Evangelio. Vosotros la debeis al Sacerdote Soberano, que los ha elegido para sí; la debeis á la Iglesia por la qual han de trabajar; la debeis á los pobres Pueblos del campo, que los están pidiendo.

Parceeme, que estoy oyendo sus voces lastimosas, que se dirigen á vosotros, y que os dicen: ¿Es posible, que nos habeis de dejar sin socorro, y no os habeis de compadecer de nosotros? No os pedimos, que nos embieis limosnas abundantes, por necesidades, que tengamos; alimentadnos un Sacerdote, y nos damos por contentos. No nos quejamos de la desgracia de los tiempos, ni de la esterilidad de los años; sola la escasez, y sola la hambre de la palabra de Dios es lo que nos affige. Dejados en nuestra pobreza, contribuid solamente á nuestra salvacion. No os embidiamos vuestras riquezas, ni tampoco la abundancia de bienes espirituales con que Dios os colma todos los días; contentamonos con esta sim-  
pli-

placididad, y con este deseo solo, pero sincero, que nos dá de salvarnos. No necesitamos mas, que una guia fiel, que nos conduzca, y que despues que huvieremos ganado nuestro pan con el sudor de nuestro rostro, no se parta el pan espiritual de la palabra de Dios, Christianos no desecheis la súplica, que os hacen otros Christianos como vosotros; por el vinculo de la caridad, que os debe unir á todos; por el cuidado, que debéis tener de la salvacion de vuestrós hermanos; por las entrañas de la Misericordia Divina; por la Sangre de Jesu-Christo derramada por vosotros, y por ellos; y por la esperanza de las recompensas eternas, que yo os desco. En el nombre del Padre, &c.

EXOR-

## EXORTACION TERCERA

HECHA EN PARIS,

PARA LOS POBRES DE POITOU,  
EN TIEMPO DE ESCASEZ, AL  
principio de las conversiones de los He-  
reges de esta Provincia.

*Fratres, qui parcé seminat, parcé & metet;  
& qui seminat in benedictionibus, de bene-  
dictionibus & metet.*

Hermanos míos, el que poco siembra, poco  
segará; y el que siembra con abundancia,  
segará con abundancia. *En la 2. Epistola  
de San Pablo á los Corinthios. cap.9. v. 6.*



**N**o es para un ruinoso Hospital, para una moderna funcion, ni para una Comunidad arruinada, para lo que yo vengo el día de oy à excitar vuestra caridad; es si para una Provincia entera, y para todo un pueblo desolado, que vosotros háveis ya socorrido, y que en su extrema necesidad implora otra vez vuestra asistencia. Si no tuviera que representaros mas que miserias temporales,

re-